

2ºD.OCTAVA NAVIDAD. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,1-18.

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida y la vida era la luz de los hombres.

La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre.

Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de Él y grita diciendo.

—Este es de quien dije: «El que viene detrás de mí, pasa delante de mí, porque existía antes que yo.»

Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

ADORA Y CONFÍA

En el llamado «**prólogo**» del Evangelio de Juan, utilizando la misma expresión con la que se abre el libro del Génesis, «**en el principio creó Dios los cielos y la tierra**», se nos invita «**a situarnos en el principio**». De esta forma Juan nos presenta a Jesús, como «**la nueva creación**», como Aquél en quien ocurre esa nueva creación, al tiempo que sitúa a Jesús «**en el principio**», es decir, en la atemporalidad o eternidad, como origen de todo lo que es.

En todas las mitologías los seres humanos han tratado de «**buscar respuestas a sus interrogantes más básicos**», en todas se habla del «**principio**». No es extraño que, queriendo encontrar sentido a su existencia se preguntasen cómo empezó todo. Intuían que la respuesta debía encontrarse en el origen, lo mismo que seguimos creyendo nosotros y por eso, la ciencia se empeña con tanto ahínco en «**el estudio del origen del universo**».

Todas las mitologías parecen «**entender lo real**» con una doble dimensión. Una cara de la realidad es «**lo material**», todo aquello que podemos tocar y medir. La otra cara es «**la dimensión oculta**», velada a los sentidos y a la mente. Pero ambas caras conforman una misma moneda y son la expresión de «**la única realidad**» «**lo que es**», eso que «**es Todo y es Uno**».

Lo que se despliega en el tiempo es el «**Misterio Único**», lo que muchos llamamos «**Dios**». Pero si separamos lo material de lo oculto, estamos negando el Misterio y caemos en una «**superficialidad torpe, incapaz de dar razón de lo que es**». A poco que prestemos atención a la vida y hayamos desarrollado una «**actitud contemplativa capaz de admirarse ante el despliegue de lo real**», todo lo que nos va sucediendo en la vida, es probable que terminemos «**aceptando el Misterio**» que Todo lo llena.


Y en la medida en que seamos capaces de silenciar la mente y adentrarnos en el silencio, en esa «**soledad sonora**» de la que hablaba San Juan de la Cruz, podremos percibir que «**el Misterio constituye el núcleo de nuestra identidad más profunda**», el constituyente último de todo lo real. A partir de ahí, «**su Presencia**» se nos hace imposible de evitar y podremos saborear lo que es «**vivirnos en Él**».

«Lo que ocurre en el Principio es lo que está aconteciendo Ahora», en un ahora atemporal. Según el Evangelio de Juan, «lo que ocurre Ahora es Jesús y a través de Él, estamos naciendo de Dios». Para ello, Juan hace suya una idea de la filosofía helenista, según la cual, Dios crea el mundo a través de un intermediario, Jesús, a quien presenta como «la Palabra eficaz».

En Él está actuando el poder mismo de Dios, que se manifiesta «como Vida y como Luz». Y, al «acogerlo», nos reconocemos en nuestra realidad de «hijos de Dios». En la referencia cristiana, «Jesús expresa, resume y sintetiza lo que acontece en cada persona» y en todos los seres: «Dios mismo manifestándose en Todo».

Todo está en cada uno de nosotros, en cada uno de los seres. Y en el Principio y Ahora, en el Presente atemporal, «Todo sin excepción está naciendo de Dios». Por eso..., «adora y confía».

El religioso jesuita, paleontólogo y filósofo francés «Pierre Teilhard de Chardin», lo decía de este modo tan preciso y precioso:

<p style="text-align: center;">ADORA Y CONFÍA</p> <p>No te inquietes por las dificultades de la vida, por sus altibajos, por sus decepciones, por su porvenir más o menos sombrío. Quiere lo que Dios quiere. Ofrécele en medio de inquietudes y dificultades el sacrificio de tu alma sencilla que, pese a todo, acepta los designios de su providencia. Poco importa que te consideres un frustrado si Dios te considera plenamente realizado, a su gusto. Piérdete confiado ciegamente en ese Dios que te quiere para sí. Y que llegará hasta ti, aunque jamás lo veas. Piensa que estás en sus manos, tanto más fuertemente cogido, cuanto más decaído y triste te encuentres. Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz. Que nada te altere. Que nada sea capaz de quitarte tu paz. Ni la fatiga psíquica. Ni tus fallos morales. Haz que brote, y conserva siempre sobre tu rostro, una dulce sonrisa, reflejo de la que el Señor continuamente te dirige. Y en el fondo de tu alma coloca, antes que nada, como fuente de energía y criterio de verdad, todo aquello que te llene de la paz de Dios. Recuerda: cuanto te deprima e inquiete es falso. Te lo aseguro en el nombre de las leyes de la vida y de las promesas de Dios. Por eso, cuando te sientas apesadumbrado, triste, adora y confía.</p> <p style="text-align: center;"><i>Teilhard de Chardin</i></p>	
--	---

Una invitación, en este comienzo de año, para cuidar, favorecer y potenciar la Paz, esa paz que supera todo lo que podemos pensar, «que brota de la aceptación de todo lo que es», incluso de aquello que a nuestra mente le parece inaceptable.

Resulta paradójico, pero es así: «al aceptar lo que la mente, con miles de razones, habría etiquetado como inaceptable, aparece la paz».

«Adora y confía...» ¡Y que sea así un feliz año 2020!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
5 de enero de 2020